

---

# **Cantos**

**Antología**

**Giacomo Leopardi**

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 8784**

---

**Título:** Cantos

**Autor:** Giacomo Leopardi

**Etiquetas:** Poesía, antología

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 31 de mayo de 2026

**Fecha de modificación:** 31 de mayo de 2026

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

## Dos palabras

Con la mayor desconfianza y temiendo haber cometido más de una profanación sacrílega, presento á los escasos aficionados inteligentes de nuestro país, en un pequeño volumen, la traducción en verso castellano de diez cantos de Leopardi, cuya mayor parte he ido publicando en diversos periódicos.

La literatura castellana no es rica en traducciones de los grandes poetas extranjeros, pues la natural indolencia de nuestra raza repugna emprender una tarea tan ardua y escabrosa como generalmente mal apreciada. Créese por lo común que el traductor es un simple copista de bellezas ajenas, y este error lamentable, oscureciendo injustamente los méritos del traductor, arredra y desanima á los que, con aptitudes para serlo, quizá recogieran en esa senda lauros que en vano pretenden alcanzar con producciones originales. De ahí que sea tan común el tropezar con traducciones en prosa de poetas extranjeros, verdaderas traiciones y calumnias del original, pues no cabe fidelidad alguna en traducir en prosa lo que ha sido pensado y escrito en verso. Rota por tan extraña manera la unión íntima del pensamiento y la forma que hay en toda verdadera obra de arte, deja ésta de ser una figura viva para convertirse en esqueleto. Pero, ¡qué hacer! la tarea queda así infinitamente facilitada, y luego la pereza, esa madre maldecida de tantas ideas frívolas y perniciosas, se encarga de hacer creer á los inocentes que las traducciones en prosa son más fieles, que conservan mejor el pensamiento, etc., etc.

Si todo el secreto del traductor estuviera en verter exactamente los pensamientos del original, su obra sería una obra muerta, y por lo tanto, esencialmente infiel. Pero la poesía no estriba precisamente en los pensamientos en sí,

sino en la fuerza y calor con que están sentidos y pensados, y en la belleza artística con que exteriormente se les manifiesta.

El traductor de una obra poética, si ha de estar á la altura de su tarea, lejos de ser un copista, necesita poseer un caudal de inspiración propia y de propio sentimiento, merced a lo cual vuelve á sentir lo que el poeta á quien traduce ha sentido, se entusiasma por lo que á éste entusiasmaba, y encendida su imaginación por las imágenes y las ideas de su autor y por el modo soberbiamente bello con que están expresadas, y conmovidas las más ocultas fibras de su corazón por los dolores y pasiones que han engendrado la obra de arte que interpreta, pónese en íntima consonancia con ella, y llega por fin a decir digna é inspiradamente en su propio idioma lo que fuera ya expresado en lengua extraña.

Así concibo yo al traductor perfecto. Dicho se está que para serlo es de todo punto necesario poseer cualidades poéticas y luchar tenazmente con el original; es necesario también tener verdadero y profundo amor al autor que se traduce, pues sólo así se llegará á dar nervio, brío y calor a la traducción, de modo que parezca nacida naturalmente en el idioma en que se ejecuta.

Y bien, esto es precisamente lo que me ha animado á emprender la traducción de los cantos de Leopardi. A falta de otras cualidades, el amor y la admiración sin límites que el estupendo y triste poeta italiano me inspira, quizá lograrán hacer mi versión menos defectuosa é indigna de su nombre de lo que de mi fuera dado esperar.

Es Leopardi una de las naturalezas más estupendas y perfectas que hayan existido sobre la faz de la tierra. En él lo gigantesco de la inspiración se une en íntimo consorcio con el arte más acabado y perfecto. Su sobriedad, su limpidez, su flexibilidad, su gracia, su sencillez, su estilo escultural y marmóreo; sólo son comparables con la profundidad de su pensamiento y la hoguera intensísima y generosa de su alma. ¡Qué artista y qué poeta! ¡Qué filósofo y qué prosista!

Su perfección es tal y tan grande que llega hasta perjudicar á su popularidad. En efecto, los que seducidos por la teoría engañosa, aunque tenga ejemplos aislados en su favor, de que el genio ha de unir forzosamente á sus grandezas la estravagancia y el delirio, quizá nieguen á Leopardi este dictado, pues en él todo es perfección, en cuanto cabe en lo humano. Pero tal doctrina es un simple desvarío infantil, hija de las exageraciones románticas y ya completamente desacreditada. No deja de ser curioso que se mida al genio por sus faltas y no por sus cualidades.

He creído, pues, que traducir las obras de Leopardi con rarísimas excepciones, todavía virgen en castellano, era hacer un verdadero servicio á nuestra literatura. Mi designio es traducirlo todo, verso y prosa, pero antes de pasar adelante he querido oír la opinión de los entendidos sobre los diez cantos que llevo traducidos, en la esperanza de que las observaciones críticas que se dignen hacerme me ayudarán á evitar en adelante los errores en que hasta ahora haya podido incurrir. No me jacto de hacer una obra de arte, pues conozco que mis fuerzas no alcanzan á tanto: sólo aspiro á excitar en los que cultivan las letras el deseo de saborear á Leopardi, harto desconocido entre nosotros, en sus textos originales.

Buenos Aires, Octubre 30 de 1883.

# **Cantos de Leopardi**

## A Italia

Veo, oh patria, los muros, simulacros,  
Arcos, columnas, solitarias torres  
De nuestra clara estirpe: no la gloria,  
No el hierro y los laureles que ceñían  
Nuestros antiguos padres. Débil hora,  
Nuda enseñas la frente, nudo el seno.  
¡Ay! cuánta, cuánta herida,  
Qué lividez, qué sangre! ¡Oh cuál te miro  
Bellísima señora!

Yo increpo al mundo, al cielo:  
Decid, decid, ¿quién á tan triste estado  
La pudo compeler? ¡Y aun más! que oprimen  
Sus brazos las cadenas! Sí, que suelta  
La cabellera, y arrancado el velo,  
Abandonada mora  
Por tierra, sin consuelo,  
Y, oculto el rostro en las rodillas, llora.  
¡Llora, que harto has motivo, Italia mía!  
En la suerte infeliz y en la fortuna  
Nacida á ser del mundo vencedora.

Fuesen tus ojos dos raudales vivos,  
y aun no alcanzara el llanto  
A lamentar tu oprobio y tu quebranto;  
Que fuiste ya señora,  
y huérfana infeliz eres ahora.  
¿Quién sobre ti discurre  
Que, recordando tu esplendor pasado,  
No diga: grande fué, mas ya no es grande?  
¿Por qué, por qué? ¿Dó ya la fuerza antigua?  
¿Dónde las armas, la constancia, el brío?  
¿Quién te arrancó la espada?

¿Quién te vendió? ¿Qué afán, que trama artera  
Bastó, qué poderío  
A arrebatarte el manto y la áurea banda?  
¿Como caíste, cuándo,  
De tanta alteza á tan profundo abismo?  
¿Nadie lidia por tí? ¿No te defiende  
De los tuyos ninguno? ¡Un arma, un arma!  
Yo solo en la contienda  
Combatiré, sucumbiré yo solo.  
Concede ¡oh cielo! que mi hirviente sangre  
¡talos pechos en su fuego encienda.

¿Dó tus hijos están? Oigo són de armas  
y de carros y voces y atambores:  
Pugna tu prole en extranjeros climas.  
Escucha, Italia, escucha. Entrever creo  
Un olear de infantes y caballos,  
y humo, y polvo, y centellear de espadas,  
Como entre niebla lampos.  
¿No te reanimas? Los trementes ojos  
No osas tornar hacia el dudoso evento?  
¿Por quién combaten en aquecos campos  
Los ítalos mancebos? ¡Dioses, dioses!

Por otra tierra nuestras armas lidian.  
¡Oh sin ventura aquel que cae postrado,  
No por sus dulces playas, por la esposa  
Casta y fiel é idolatrados hijos;  
Mas por extraños, por ageno fuego,  
Y no al morir le es dado  
Clamar: ¡Patria querida  
La vida que me diste hora te entrego!

¡Oh edad antigua, amada y venturosa,  
Cuando en tropel las gentes  
Por la alma patria á perecer corrían!  
Y vos; siempre elocuentes,  
Ceñidas siempre de gloriosas palmas,  
¡Oh tésalas gargantas! donde Persia

Ni el hado mismo doblegar pudieron  
Á algunas libres generosas almas!  
Yo pienso que las rocas  
Plantas y mares y montañas vuestras  
Dicen con vago acento al caminante  
Cómo aquella ribera  
Cubrió toda de cuerpos  
Caros á Grecia, la falanje invicta.  
Vil por el Helesponto  
Jerjes entonces y feroz fugaba,  
A ser ludibrio de la edad postrera,  
Y sobre la colina  
De Antela, en que expirando  
Venció á la muerte la legión divina,  
Simónides se alzaba  
El campo, el mar, el éter contemplando.

Y con el rostro en lágrimas bañado,  
Con pie inseguro y fatigoso aliento,

Embrazaba la lira:

—¡Dichosos vos mil veces  
Que el pecho disteis á enemigas lanzas  
Por amor á esta madre, vos á quienes  
Grecia venera, el universo admira!  
Al riesgo y al combate  
¿Qué inmenso amor las juveniles mentes,  
Qué amor os impelió al fatal destino?  
¿Cómo tan grata ioh hijos! la postrera  
Hora os apareció, que sonrientes  
Al fin volasteis lamentable y duro?  
Semejaba que á espléndido convite  
Ó á danza alegre, y no á morir corriera  
Cada uno de los vuestros. El oscuro  
Tártaro, empero, y las silentes ondas  
Os aguardaban. ¡Ni aun al lado habíais  
De esposas ó hijos el cariño santo,  
Cuando en áspera margen

Sin ósculos moristeis y sin llanto!

Mas no del Persa sin horrenda pena  
Y angustia interminable.  
Cual león entre toros encerrado,  
Ya al lomo de aquél salta, y sus colmillos  
En él furioso clava,  
Ya este íjar, ya aquel muslo dentellea;  
Así en las turbas persas se inflamaba  
La iracunda virtud de los helenos.  
Mira en tierra caballo y caballero;  
Mira atajar doquier carros y tiendas  
En confusión, la fuga á los vencidos;  
Pálido y desgreado  
Aun el tirano mismo huir primero;  
Ve cuál en sangre bárbara teñidos

Los héroes griegos, perdición del Persa,  
Ya exangües, lentamente,  
Unos sobre otros caen. ¡Viva, viva,  
Dichosos vos mil veces  
Mientras se hable en los tiempos ó se escriba!

Antes en vuelco rápido cayendo  
Al hondo mar, extintos  
En el abismo estallarán los astros,  
Que vuestra veneranda  
Memoria ó vuestro amor mengüe ó se olvide.  
Vuestra tumba es altar; y aquí trayendo  
Sus párvulos las madres,  
Enseñaránles los hermosos rastros  
De vuestra sangre. Ved! yo de rodillas  
Me postro, ¡oh venturosos!  
Y estos terrones y estas piedras beso,  
Que preclaras serán eternamente  
En cuanto el mundo encierra.

Ah! si con vos yaciese, y empapada  
Estuviera en mi sangre esta alma tierra!  
Mas si es otro el destino, y no consiente  
Que entorne yo los moribundos ojos  
Por Grecia extinto en áspera contienda,  
De vuestro vate la modesta fama  
La edad futura, si á los dioses place,  
Recuerde en tanto que la vuestra esplenda.

## Bruto menor

Cuando volcada en la comarca tracia  
Yació, inmensa rüina,  
La itálica virtud, y desde entonces,  
Para los valles de la verde Hesperia,  
Y playa tiberina,  
El hado el casco de salvajes potros  
Apresta ya, y de las desnudas selvas  
Que la Osa helada oprime,  
A hundir de Roma los excelsos muros  
Las godas armas llama;  
De hermana sangre y de sudor cubierto,  
Bruto, en lóbrega noche, en sitio aislado,  
Ya resuelto á morir, contra las sordas  
Divinidades y el averno clama,  
Y con feroz acento  
En vano hiere el adormido viento.

Necia virtud, la oscura niebla, el ámbito  
De móviles fantasmas  
Son tan sólo tus cátedras: te vuelve  
La espalda el descreimiento.  
De vos, dioses marmóreos  
(Si acaso dioses tienen  
En Flegetón ó en el empíreo asiento),  
De vos befa y ludibrio

Es la prole infeliz, á la que altares  
Celosos reclamáis, y engañadora  
Ley al mortal ofende.  
¿Con que así excita los celestes odios  
La terrena piedad? ¿Con que al impío  
Su mano Jove extiende?  
Y si en los aires tempestad derrama,

Y el trueno veloz vibra,  
Envuelve al justo en la sagrada llama?

Oprime el hado invicto y la ferrada  
Necesidad, al débil  
Reo de muerte: y si á impedir no alcanza  
Su torpe acción, de necesarios duelos  
El vulgo se consuela. ¿Es menos duro  
Si es sin reparo el mal? ¿Dolor no siente  
El muerto á la esperanza?  
Guerra eterna, mortal, oh vil destino,  
Contigo el prócer riñe,  
No avezado á ceder; y vencedora  
Al oprimirle tu tirana diestra,  
Agítase indomado,  
Y ensangrentando el doloroso hierro  
En el noble costado,  
Torva sonrisa á las tinieblas muestra.

Hiere á los Dioses quien violento rompe  
En el Averno. Nunca audacia tanta  
Se albergara en las muelles  
Almas eternas. ¿Por ventura el cielo  
Nuestros afanes, los adversos casos  
Y afectos sin consuelo,  
Ante sus ojos por placer despliega?  
No entre desdicha y crimen,

Mas edad pura y en los bosques libre  
Nos destinó Natura,  
Un tiempo Reina y Diosa. Y pues impía  
Costumbre derribó el feliz imperio,  
Y unió á las leyes miserable vida,  
Si sus infaustas horas  
Alma viril rehusa,  
¿Rie Natura, y su rigor no acusa?

De culpa ignara y de sus propios duelos,  
A la dichosa fiera

Serena lleva al imprevisto trance  
La edad tardía. Y si á quebrar la frente  
En rudos troncos, ó en agrestes piedras  
Sus miembros dar desatentada al viento  
La impeliese el afán, no detuviera  
Arcana ley ú oscuro pensamiento  
El deseo infeliz. Á vos tan sólo,  
Hijos de Prometeo, entre las razas  
Que el cielo alimentó, pesa la vida;  
Á vos la muerta orilla, antes que acceda  
El destino indolente,  
Sólo ioh tristes! á vos Júpiter veda.

Y tú del mar que nuestra sangre riega  
Cándida luna, surges,  
Y ves la inquieta noche  
Y el campo adverso á la virtud latina.  
Hermanos pechos huella el victorioso,  
Tiemblan los cerros, de las altas cumbres  
La antigua Roma despeñada rueda;  
¿Y tú tan apacible? De Lavina  
Miraste un día la naciente prole,  
Y el tiempo alegre y memorandos lauros;

Y sobre el Alpe el inmutado rayo  
Callada verterás, cuando en tormento  
Del siervo ítalo nombre,  
Bajo bárbara planta  
Retumbe aquese solitario asiento.

Ved, ya en desnuda piedra ó verde rama  
El pájaro y la fiera,  
De la indolencia usual henchido el pecho,  
La ingente ruina ignora y la trocada  
Suerte del mundo; y como siempre el techo  
Esplenderá del industrioso aldeano,  
Del canto matutino  
Al són, aquél despertará los valles,  
Aquélla agitará por los barrancos

La enferma turba de menores fieras.  
¡Oh casos! ¡Oh luz vana! Infando lote  
Somos de lo creado, y ni en la oscura  
Gleba, ni en las cavernas dejó rastros  
Jamás nuestro infortunio,  
Ni ansia mortal descoloró los astros.

No yo á los sordos Reyes  
Del Olimpo ó Cocito, no á la indigna  
Tierra, ó la noche moribundo invoco;  
Ni á tí, postrer destello  
De la lóbrega muerte ¡oh testimonio  
De la futura edad! ¿Fué acaso al llanto  
Dado aplacar las desdeñosas tumbas?  
¿Ornáronlas los dones y palabras  
De multitud ruín? Peores siempre  
Despéñanse los tiempos; mal se fía  
Á nietos corrompidos  
El alto honor de las egregias mentes,

Y de los desdichados  
La venganza suprema. En torno mio  
Las alas bata el negro cuervo hambriento;  
Roa la fiera, el torbellino arrastre  
Los restos ignorados;  
Y el nombre y la memoria envuelva el viento.

## Lo infinito

Esta colina solitaria siempre  
Grata fué para mí, y este vallado,  
Que por tan varias partes  
La vista cierra al horizonte extremo.  
Mas si sentado miro interminables  
Espacios tras de aquél, y sobrehumano  
Silencio, y profundísimo sosiego  
Finjo en mi mente; de lo cual por poco  
El corazón no tiembla. Y como el viento  
Entre estas plantas silba, ese infinito  
Silencio á este rumor voy comparando:  
Y recuerdo lo eterno, y las edades  
Sepultas ya, y la presente y viva,  
Y su tumulto. Así mi pensamiento  
Se inmerge en esta inmensidad, y dulce  
Ésme náufrago ser de este oceano.

## La noche del día festivo

Dulce y clara es la noche, el aire en calma,  
Por cima de los techos y en los huertos  
Brilla la luna, y á lo lejos muestra  
Serenas las montañas. Dueño mío;  
Callan las sendas ya, y por los balcones  
De vez en vez la lámpara nocturna  
Su sosegada claridad envía.  
En brazos duermes tú de fácil sueño  
En tu tranquila estancia; y no te labra  
Cuidado alguno; ni ya ves ni piensas  
Cuánta herida me abriste en medio al pecho.  
Tú duermes: yo este cielo que aparece  
Tan favorable, á saludar me asomo,  
Y á la antigua natura omnipotente  
Que me engendró al dolor. A tí, me dijo,  
La esperanza te niego, aun la esperanza:  
Sólo de llanto brillarán tus ojos.  
Solemne fué este día: hora reposas  
De los placeres, recordando acaso  
En sueño, a cuántos hoy gustaste, y cuántos  
Te agradaron á tí: yo más no espero  
A tu mente tornar. En tanto indago  
Lo que aun debo vivir, y aquí por tierra  
Me arrojo, y grito, y tiemblo. ¡Horrendos días  
En tan lozana edad! ¡Ay! por la calle  
No lejos oigo el solitario canto

Del artesano que, ya tarde, torna,  
Después del goce, á su modesto albergue.  
Y fieramente se me oprime el alma

Al ver cómo en el mundo pasa todo  
Sin dejar casi huella. Ya el festivo  
Día extinguióse, y al festivo el día  
Vulgar sucede, y arrebatada el tiempo  
Todo caso mortal. ¿Dó ya el tumulto  
De los antiguos pueblos? ¿Dónde el grito  
De nuestra clara celebrada estirpe,  
De aquella Roma el formidable imperio,  
Y las espadas, y el terrible estruendo  
Que por la tierra discurrió y los mares?  
Todo es paz y silencio, todo calma  
El mundo, y de ellos más no se razona.  
En mi primera edad, cuando el festivo  
Día se espera con ardor, ya luego  
Que él transcurría, yo en el lecho, en vela.  
Yacía con dolor. Y en la alta noche,  
Si por las calles se escuchaba un canto  
Que tenue en lontananza iba muriendo,  
Ya así también se me oprimía el alma.

## La vida solitaria

La lluvia matinal, cuando en la estancia  
Aún cerrada, la gallina corre  
Batiendo el ala, y al balcón se asoma  
El morador del campo, y desde oriente  
El sol sus rayos trémulos asesta  
A las gotas que caen, mi cabaña  
Levemente golpeando, me despierta;  
Y salgo, y las ligeras nubecillas,  
Y de las aves el trinar, y el aura  
Fresca bendigo, y las rientes playas.  
Luego que ioh infaustos ciudadanos muros!  
Os ví bastante y conocí: allá donde  
Sigue al dolor el odio; y dolorido  
Vivo, y bien pronto moriré. Alguna  
Bien que escasa piedad muéstrame, empero,  
Naturaleza en estos sitios ¡cuánto  
Más suave un día para mí! Tú tuerces  
Del mísero la vista, y desdeñando  
La desdicha, el afán, á la imperante  
Felicidad, naturaleza, sirves.  
No queda en cielo ó tierra amigo alguno  
Ni otro refugio al infeliz que el hierro.

Tal vez me siento en solitario sitio,  
En un alto, de un lago en la ribera,  
De taciturnas plantas coronado.  
Allí, al rodar en el cenit el día,

Refleja el sol su sosegada imagen.  
No la hoja ó la hierba el viento mueve;  
Ni la onda encrespase, ó la cigarra  
Chillar, ni el ala el pájaro en la rama  
Batir, ni revolotar la mariposa,

Ni resonancia ó movimiento alguno  
De lejos ni de cerca oyes ni miras.  
Reina en tal borde altísimo sosiego,  
Y en él de mí me olvido y lo creado  
Quedando inmóvil; y que yacen creo  
Suelos mis miembros, que no ya los mueven  
Alma ó sentido, y que su sueño antiguo  
Y el silencio del sitio se confunden.

¡Amor, amor, cuán de mi pecho lejos  
Volaste ya, tan ardoroso un día!  
La desventura con su helada mano  
Bien pronto le oprimió, y trocóse en hielo  
En la edad más hermosa. El tiempo evoco  
En que hasta el alma mía descendiste.  
Era ese dulce irreparable tiempo  
En el que abierta esta infeliz escena  
Del mundo, al ojo juvenil, á modo  
De paraíso ante su mente ríe.  
De anhelo y virgen esperanza salta  
Dentro del pecho el corazón del joven,  
Y de esta vida á la tremenda empresa  
Ya se apercibe, como á danza ó juego,  
El mortal infeliz. Mas no tan pronto  
Fuí tuyo amor; que ya fortuna había  
Roto mi vida, y para aquestos ojos  
Propio era sólo el perdurable llanto.  
Empero al ver por las tendidas playas,  
En la callada aurora, ó cuando esplenden

Al sol, techos, collados y campiñas,  
De tierna virgen el semblante hermoso;  
Ó bien cuando en el plácido sosiego  
De noche estiva, el vagabundo paso  
Enfrente de las villas deteniendo,  
Miro la tierra solitaria, y oigo  
En la desierta habitación el canto  
Agudo resonar de la doncella

A quien la noche en su labor sorprende,  
Muévase un punto á palpar aqúeste  
Mi corazón de piedra. Mas ¡ay! pronto  
Torna al férreo sopor: que ya es extraña  
Al pecho mío la emoción suave.

¡Oh amada luna, á cuyo dulce rayo  
Danzan las liebres en la selva; y suele  
Dolerse al alba el cazador, que encuentra  
Falso, intrincado el rastro, y de las cuevas  
Vario error le desvía! Salve, oh reina  
Benigna de las noches. Importuno  
Entre jarales y desiertas ruinas  
Desciende tu fulgor, sobre el acero  
Del pálido ladrón, que á la distancia  
El rumor de las ruedas y caballos,  
Y el golpear de los pies escucha atento  
En el mudo sendero; y de improviso  
Con el fragor del arma, el ronco acento,  
Y la fúnebre boca, el alma hiela  
Del caminante, á quien desnudo en breve  
Y semi-vivo entre las piedras deja.  
Para el vil seductor surge importuna  
Tu blanca lumbre en las ciudades, cuando  
Va rozando los muros, y la oculta  
Sombra siguiendo, y se detiene, y tiembla

De las vívidas luces, y el abierto  
Balcón. Á los malvados importuna,  
Benigna siempre para mí tu vista  
Será por estas playas, donde sólo  
Gratas colinas y anchurosos campos  
Me abres delante. Y yo aun solía,  
Bien que inocente fuera, tu gracioso  
Rayo acusar en habitados sitios,

Cuando á la humana vista me ofrecía,  
Y á mis ojos mostraba humanos seres.  
De hoy más te ensalzaré, ya te contemple  
Surcar rauda las nubes, ya serena  
Dominadora del etéreo campo,  
Mires esta infeliz morada humana.  
Verásme siempre solitario y mudo  
Vagar por bosques y por verdes playas,  
Ó sentarme en la hierba, asaz contento  
Si hallo vigor para exhalar suspiros.

## Á Silvia

¿Recuerdas, Silvia, el tiempo  
De tu vida mortal, cuando en tus ojos  
Rientes, fugitivos,  
Brillaba la hermosura,  
Y tú seria y gozosa  
El linde hollabas de la edad de rosa?

Las tranquilas estancias  
Y las vecinas calles resonaban  
Con tu perpetuo canto,  
Cuando á tarea femenil atenta,  
Te sentabas contenta  
Del grato porvenir que entreveías.  
Era el fragante Mayo, y tú mirabas  
Así correr los días.

Yo los gratos estudios  
Tal vez dejando, y los cansados folios,  
En que mi edad primera  
Y lo mejor de mí se disipaba,  
Desde el terrado del paterno albergue  
Mi oído al són de tus acentos daba,  
Y á la rápida mano  
Que la labor penosa recorría.  
Miraba el limpio cielo,  
Las sendas olorosas y los huertos,

Y allá el mar á lo lejos, y allí el monte.  
No cabe en lengua humana  
Lo que entonces sentía.

¡Qué suaves pensamientos,  
Qué esperanzas, qué coros, Silvia mía!

iCómo entonces surgía  
La existencia y el hado!  
Ante el recuerdo de ilusión tan grande,  
Un afecto me oprime  
Hondo, desconsolado,  
Y tórneme á doler mi desventura.  
iOh natura, oh natura!  
¿Por qué no cumples luego  
Lo que entonces prometes, y á tus hijos  
Víctimas haces de tan grande juego?

Tú antes que el hielo marchitara el prado,  
Por implacable enfermedad vencida  
Caíste, virgen tierna. Y de tu vida  
Las flores contemplar no te fué dado.  
No acariciaron tu alma los loores,  
Ya de los negros rizos,  
Ya del mirar modesto, enamorado,  
Ni otras contigo en los festivos días  
Razonaban de amores.

Poco después moría  
Mi esperanza también: también negaron  
A mi existir los hados  
La juventud. ¡Ay! cómo,  
Cómo huiste por siempre, oh dulce amiga  
De mi edad nueva, mi llorado encanto!  
¿Es este el mundo aquel? ¿Estos los goces,

El amor, las empresas, los eventos  
Sobre que juntos discurrimos tanto?  
¿Este el destino humano?  
Al surgir ante tí la verdad ruda  
¡Misera! periciste: y con la mano  
Mostraste desde allá la muerte fría  
y una tumba desnuda.



## Imitación

Lejos ya de tu rama  
Infeliz hoja débil  
¿Adónde vas? - Del haya  
Donde he nacido me arrebató el viento.  
Él, girando, en revuelos,  
Del bosque á la campaña,  
Desde el valle me lleva á la montaña.  
Con él eternamente  
Voy peregrina, y lo demás ignoro.  
Voy donde toda cosa,  
Donde la hoja va naturalmente  
Del laurel y la rosa.

## Remembranzas

¡Astros hermosos de la Osa! Nunca  
Creí otra vez venir á contemplaros  
Sobre el jardín paterno centelleantes,  
Ni á conversar con vos de la ventana  
De esta morada que habité de niño,  
Y dó el término ví de mis venturas.  
¡Cuánta imagen un tiempo, cuánta historia  
Creó en mi mente vuestro dulce aspecto,  
Y las que en torno veis, amigas lumbres!  
Cuando en rústico asiento, silencioso,  
Mirando el cielo y escuchando el canto  
De la rana distante en la campaña,  
Gran parte de la noche estar solía!  
La luciérnaga erraba en los vallados  
Y por los lomos, susurrando al viento  
La arboleda olorosa, y los cipreses  
Allá en la selva; y so el paterno techo  
Oía alternas voces, y el tranquilo  
Tragín de los criados. ¡Qué de sueños,  
Qué altas ideas me inspiró la vista  
Del mar lejano y los azules montes  
Que de aquí miro, y que surcar un día  
Dentro de mí pensaba, arcanos mundos,  
Arcana dicha á mi vivir fingiendo!  
Mi hado ignoraba entonces, y las veces  
Que esta mi vida dolorosa y yerma  
Por la muerte, feliz trocado habría.

Ni aun presagiaba que mis verdes años  
Fuera forzado á consumir en esta  
Natal villa salvaje, en medio á gente  
Áspera, vil; á la que extraños nombres

Y argumento de risa y de algazara  
Son doctrina y saber; que me odia y huye,  
No por envidia ya, que no me estima  
Á ella mayor, mas porque tal supone  
Que guardo en mí, si bien persona extraña  
Jamás columbró de ella indicio alguno.  
Aquí los años paso, oculto, aislado,  
Sin vida, sin amor, y entre la turba  
De los malvados, áspero me vuelvo.  
Aquí virtudes y piedad me arranco,  
Y desprecio á los hombres, por la recua  
Que tengo en derredor: y en tanto vuela  
El dulce tiempo juvenil; más dulce  
Que el laurel y la fama; más que el puro  
Fulgor del día, y su morir: te pierdo  
Sin ningún goce, inútilmente, en este  
Inhumano retiro, entre inquietudes,  
¡Oh sola flor de la infecunda vida!

Conduce el viento el són de la campana  
De la torre del burgo. Él me infundía,  
Aun lo recuerdo, ánimo en mis noches,  
Cuando era niño, y en la oscura estancia  
De tenaz miedo víctima velaba,  
La aurora ansiando. Nada aquí contemplo  
Sin que en ello una imagen reaparezca;  
De do no surja un plácido recuerdo.  
Plácido en sí; mas con dolor sucede  
La idea del presente, un vano anhelo  
Del tiempo que pasó, aunque ligado

Al infortunio, y el decir: ya he sido.  
Aquella galería vuelta al último  
Rayo de luz; estos pintados muros,  
La fantástica nube, el sol que asoma  
En la campiña solitaria, dieron  
Contentos mil á mis perdidos ratos,  
Cuando mi error potente hablando iba

Al lado mío por doquier. En estas  
Salas antiguas, de la nieve al brillo,  
Silbando el viento en torno á estas ventanas,  
Retumbo mi alegría y mis festivas  
Voces, en tiempo en que el indigno, acerbo  
Misterio de las cosas, se nos muestra  
Henchido de dulzura. Entera y virgen,  
Tierno el doncel, como inexperto amante,  
Su falaz vida con amor contempla,  
Y celeste beldad finge y admira.

¡Oh esperanza, esperanza, engaños dulces  
De mi primera edad! hablando, siempre  
A vosotros retorno; que del tiempo  
En el andar eterno, ni en el cambio  
De pensamientos y de afectos, nunca  
Puedo olvidaros. Gloria, honor, tan sólo  
Fantasmas juzgo; bienes y venturas,  
Mero anhelar; no tiene fruto alguno  
La misera existencia, y si vacíos  
Yacen mis años, si desierto, oscuro  
Es mi estado mortal, poco, á fe mía,  
Fortuna me robó. Mas ¡ay! que cuando  
¡Oh mis antiguas esperanzas! pienso  
En vos, y en mis imágenes primeras,  
Y en mi vida tan vil luego reparo,  
Tan dolorosa, y que la muerte es sólo

Lo que de tantas esperanzas grandes  
Hoy se me acerca: comprimirse siento  
Mi corazón, siento que no me es dado  
Resignarme del todo á mi destino.  
Y cuando al fin esta invocada muerte  
Venga á mi lado, término poniendo  
A mis desdichas; cuando ya la tierra  
Me sea extraño valle, y de mi vista  
Se borre el porvenir; aun de vosotras  
Me acordaré, aun aquella imagen

Me arrancará suspiros, me hará triste  
Haber vivido en vano, y la dulzura  
Del fatal día enturbiará con duelo.

Y ya en el juvenil hervor primero  
De dichas, de congojas, de ansiedades,  
Tenaz llamé á la muerte, y largas horas  
Sentado allá junto á la fuente estuve,  
Ahogar meditando entre esas aguas  
Mi anhelo y mi dolor. Luego por crudo  
Mal, impelido del sepulcro al borde,  
Lloré la juventud, y la ya mustia  
Temprana flor de mis infaustos días.  
Y sobre el lecho confidente; en altas  
Horas sentado, á la muriente lumbre  
Poetizando con dolor, mil veces  
Lamenté con la noche y el silencio  
El alma fugitiva, y á mi mismo  
Me canté al expirar fúnebre canto.

¿Quién sin tristeza recordaros puede  
¡Oh alborear de juventud, oh días  
Risueños, inefables! cuando en torno  
Del ardiente mortal por vez primera

Sonríen las doncellas; á porfía  
Todo alegre sonríe; aun no despierta,  
O bien benigna aun, la envidia calla  
É (¡inusitada maravilla!) el mundo  
Casi le tiende auxiliadora mano,  
Ríe sus yerros, su reciente entrada  
En la vida celebra, y complaciente  
Muestra aclamarle por señor y dueño?  
¡Días fugaces! Como raudo lampo  
Desparecieron. ¿De desdicha libre  
Cuál mortal puede estar, si aquella hermosa  
Estación ya le huyó, si su buen tiempo,  
Si juventud ¡ah! juventud no existe?

¡Oh Nerina! ¿Y de tí no oigo á estos sitios  
Ya por ventura hablar? ¿Caíste acaso  
De mi memoria tú? ¿Dónde te has ido  
Que sólo iencanto míoi! tu recuerdo  
Encuentro aquí? No más, no más te mira  
Esta tierra natal: esa ventana  
Donde solías conversarme, y donde  
Triste el fulgor de las estrellas luce,  
Yace desierta. ¿Dónde estás, que no oigo  
Más tu voz resonar, como en un día  
Cuando al llegar cada lejano acento  
Del labio tuyo hasta mi oído, el rostro  
Me demudaba? Ya no más. Tus días  
Fueron, mi dulce amor. Pasaste. Á otros  
El cruzar por la tierra hoy cabe en suerte,  
Y habitar estas olorosas cumbres.  
Pasaste; mas icuán rápida! Tu vida  
Cual sueño fué. Cuando, danzando, el júbilo  
En tu frente brillaba, y en tus ojos  
Brillaba aquel soñar, aquella lumbre

De juventud, fueron del hado extintos,  
Y yaciste. ¡Ah Nerina! Aun en mi alma  
Reina el antiguo amor. Si me encamino  
Alguna vez á fiestas, á saraos,  
Digo: ¡Oh Nerina! tú á saraos, á fiestas  
No te preparas más, no te encaminas.  
Si Mayo torna, y flores y cantares  
Los amantes van dando á las doncellas,  
Nerina, digo, para tí ya nunca  
Torna la primavera, amor no torna.  
Y si un día sereno, una florida  
Ribera miro, ó siento un goce, exclamo:  
Ya no goza Nerina; el campo, el aire  
No mira ya. ¡Ay! feneciste, eterno

Suspiro mío: feneciste, y siempre  
Compañera será de mi errabundo  
Imaginar, de mis potencias todas,  
De los tristes y férvidos latidos  
Del corazón, la remembranza acerba.



Un vago anhelo de morir se siente.  
No sé por qué: mas ese  
Es el signo primero  
De todo amor potente y verdadero.  
Entonce este desierto  
Pone al alma pavor: la tierra ingrata  
Para el mortal se torna, sin aquella  
Nueva, sola, infinita  
Felicidad que en su soñar retrata;  
y allá en su alma al presentir por ella  
Profunda tempestad, calma apetece,  
Ansia arribar á puerto  
Ante el terrible anhelo,  
Que ya en torno, rugiendo, se oscurece.

Luego, cuando ya todo  
Lo envuelve y ciñe el formidable numen,  
Y ansia invencible al corazón fulmina,  
¡Cuánta vez implorada  
Con intenso deseo,  
Muerte, eres tú del angustiado amante!  
¡Cuántas de noche, y cuántas  
Rindiendo al alba el cuerpo fatigado,  
Feliz llamóse si le fuera dado  
No alzarse ya, si nunca  
La amarga luz á contemplar volviera!  
Y al escuchar el fúnebre tañido  
De la campana, el cántico que triste  
Los muertos lleva al sempiterno olvido,  
Envidió en lo profundo  
Del pecho, ardientemente,

Al que á morar con los extintos iba.  
Aun la olvidada plebe,  
El aldeano, ageno  
A las virtudes que el saber inspira,  
Aun la graciosa y tímida doncella,  
A quien la voz de muerte

Crispábale en un tiempo los cabellos,  
Ya imperturbable y fuerte  
Los negros velos y la tumba mira,  
Hierro y veneno con tesón contempla,  
Y allá en su mente indocta  
El dulce encanto del morir comprende.  
Tanto á la muerte llevan  
Las leyes del amor. Y aun á menudo  
Sostener no pudiendo  
Humana fuerza el interior combate,  
Ó el frágil cuerpo abate  
La conmoción terrible, y de este modo  
Por fraternal poder la muerte triunfa;  
Ó tanto punza y hiere  
Amor en lo profundo,  
Que por sí mismos el inculto aldeano  
Y la tierna doncella  
Los juveniles miembros  
Por tierra esparcen con violenta mano.  
Ríe el mundo su duelo,  
A quien paz, senectud otorga el cielo.

Al férvido, al dichoso,  
Al varón animoso  
Uno ú otro de vos mande el destino,  
Dulces amigos de la estirpe humana,  
Cuyo poder no iguala en parte alguna  
Ningún otro poder, y cede sólo

Del hado á la potencia soberana.  
Y tú á quien ya desde mi edad primera  
Honrando siempre invoco,  
Bella Muerte, en el mundo  
Propicia sola á los humanos duelos,  
Si alcé mi voz en tu loor, si quise

A tu esencia divina  
Del vulgo ingrato compensar la afrenta,  
No tardes más, á inusitados ruegos,  
Cerrando ya á la luz mis tristes ojos.  
¡Reina eterna del tiempo! hora te inclina.  
Cualquier sea el instante  
En que las alas á mi voz despliegues,  
Alta la frente me hallarás, armado,  
É indomeñable al hado;  
La mano que azotándome se tiñe  
En mi sangre inocente  
No alabaré, no besaré, cual hace  
Por vil costumbre la terrena gente;  
Toda vana esperanza con que el mundo  
Cual niño se consuela, toda necia  
Confortación rechazaré; ni alguna  
He de esperar jamás sino á tí sola;  
Sólo aquel día esperaré sereno  
En que recline adormecido el rostro  
En tu virgíneo seno.

## Á sí mismo

Reposarás por siempre  
Cansado corazón. Murió el engaño  
Que eterno imaginé. Murió. Bien veo  
Que de los dulces sueños se ha extinguido,  
No la esperanza en mí, sino el deseo.  
Reposa ya por siempre. Harto has latido.  
Nada tus fibras conmover merece,  
Ni aun es la tierra de suspiros digna.  
La vida es un amargo  
Fastidio, nada más; el mundo, lodo.  
Descansa. Desespera  
Por la postrera vez. Deprecia ahora  
Á ti, á natura, al torpe  
Poder que, oculto, en común daño impera,  
Y á la infinita vanidad del todo.

## Giacomo Leopardi



El conde Giacomo Leopardi (Recanati, 29 de junio de 1798 - Nápoles, 14 de junio de 1837) fue un poeta, filósofo, filólogo y erudito italiano del Romanticismo.

Nació en el palacio familiar de la costa adriática en Recanati, una aldea situada a seis kilómetros de Loreto. Fue hijo de unos padres casi completamente opuestos: su madre, Adelaide, descendiente de los marqueses Antici, de luengo

linaje, era conocida por su fanático catolicismo y su patológica cicatería (se alegró por la muerte de un hijo recién nacido en vista del ahorro que suponía). Por el contrario, su padre, el conde Monaldo, cuya ejecutoria de nobleza se remontaba al año 1200 y era una de las más vetustas de Italia, de ideología reaccionaria; era un erudito local que dilapidó la fortuna familiar y llegó a acumular una formidable biblioteca.

Durante los años del apogeo napoleónico, el joven Giacomo crece junto a sus hermanos Carlo y Paolina en un ambiente rígido y reaccionario, cada vez más austero debido al debilitamiento del patrimonio familiar por las malogradas especulaciones financieras del padre, y posteriormente sometido al control riguroso y severo de la madre, la cual consiguió recuperar parte del decaído esplendor de la familia a costa de numerosos y humillantes sacrificios impuestos a sus hijos y a su marido.

La formación cultural de Giacomo, Carlo y Paolina (pues de los otros siete hijos nacidos del matrimonio Leopardi, sólo sobreviviría el último, Pierfrancesco) es desempeñada por algunos preceptores religiosos de gran erudición, el jesuita José Torres y Francisco Serrano y los abates Sanchini y Borne, quienes forman a los jóvenes hermanos en el estudio de las letras y de las ciencias.

Fanny Targioni Tozzetti.

Desde su nacimiento, Giacomo fue minado por la enfermedad: padeció la enfermedad de Pott que le combó la espalda y además padeció un severo raquitismo; consumió su infancia estudiando desesperadamente y leyendo con una curiosidad inagotable hasta altas horas de la noche. A los once años lee a Homero, a los trece escribe su primera tragedia; a los catorce la segunda: Pompeyo en Egipto; a los quince un ensayo sobre Porfirio. A esa edad conocía ya siete lenguas y había estudiado casi de todo: lenguas clásicas, hebreo, lenguas modernas, historia, filosofía, filología, ciencias

naturales y astronomía.

Los escritos de Leopardi se caracterizan por un pesimismo profundo y sin lenitivos: es una voz que grita el desamparo del ser humano y la crueldad de una natura naturans implacable, que le azuza desde su propio nacimiento hasta más allá de la muerte. En este valle de lágrimas, Leopardi se aferra, a pesar de todo, a tres consuelos: el culto de los héroes y de un pasado glorioso, pronto sustituido por el de una edad de oro, que le emparenta con Hölderlin.